



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO.

Trabajo integrador final:

“Entre los diagnósticos universales y la singularidad del sujeto autista: La política del no-todo como apuesta para construir un lazo transferencial”.

Ensayo.

Giorgis, Miquelina

Legajo: G-5877/7.

DNI: 41.634.518

Docente TIF: Harraca, Florencia y Rios, Soledad.

Docente responsable: Casagrande, Giuliana.

## **Agradecimientos:**

Agradecer es reconocer lo indispensable de la presencia de los otros, en este contexto que cada vez impulsa más a la individualidad. Es reconocer que nada es posible en soledad, y que los logros poco valen si no son compartidos.

Gracias a mi familia, que desde siempre me acompaña en cada paso que doy. A mis papás, por confiar en mí, por ser sostén en todo momento y por enseñarme sobre la belleza que habita en la simpleza. Por ser refugio y amor constante, un lugar donde siempre puedo volver.

A mi hermana, por ser la mejor compañera para transitar la vida y crecer juntas. Por saber ser fuente de inspiración, superación y aliento cuando más lo necesito.

A mis amigas de la vida, que tienen el don de poder escuchar, acompañar y ser un lugar seguro. También a las amigas que me regalo la facultad, con las cuales comparto mucho más que el sueño de ser colegas y en las que puedo encontrar las conversaciones más enriquecedoras. A todas ustedes gracias, porque son luz cuando todo se pone oscuro.

A todos los docentes que me acompañaron, que me donaron sentidos, saberes y me habilitaron a interrogar esta profesión. Entre ellos a Giuliana, mi tutora, que me acompañó en la difícil tarea de poner en palabras lo que quería decir. En el mismo orden, gracias a la universidad pública, que me alojo y me brinda un sinfín de momentos hermosos.

## **INDICE.**

Resumen y palabras clave.....	3
Introducción.....	4
Desarrollo:	
No es sin la posición política del no-todo.....	6
El autismo como decisión de rechazar lo que del Otro viene.....	11
El amor de transferencia. Un lugar silencioso desde donde hacer nudos.....	15
Conclusiones.....	19
Referencias bibliográficas.....	21

## RESUMEN Y PALABRAS CLAVE.

En un mundo atravesado por la globalización, que tiende a universalizar discursos y políticas bajo una pretensión del *todo*, el psicoanálisis resiste ubicando puntos de fuga desde un posicionamiento ético y político del *no-todo*. Este ensayo cuestiona diagnósticos que ignoran la subjetividad, explorando cómo establecer un lazo transferencial con sujetos autistas desde esta perspectiva. El concepto de sujeto se entiende como efecto del lenguaje y su relación con el Otro, constituyéndose a través de las operaciones de alienación y separación. En el autismo, acontece una detención antes de la alienación, un rechazo del lenguaje, donde el sujeto no ingresa en la cadena significante. Esto sitúa al *parlêtre* autista entre *lalengua* y el lenguaje: *lalengua* como materialidad sonora previa a su estructuración gramatical y léxica, donde no hay una articulación entre S1 y S2. En este sentido se presenta la pregunta: ¿cómo puede el análisis intervenir sobre la clínica de *lalengua*? Sostenemos que la desarticulación entre los registros simbólico, imaginario y real nos invita a repensar una noción de transferencia que no se aborde desde el sentido simbólico, sino desde una clínica que opere desde la pérdida de goce. Así, se plantea al analista como nudo entre los registros. En este sentido, afirmamos que es posible construir un lazo trasferencial, sostenido desde el amor. Una transferencia conformada entre el analista y el discurso psicoanalítico, donde predomina la regla fundamental de la abstinencia y la posición de un saber no-todo, lo cual tiene efectos en *lalengua*, posibilitando nuevos movimientos y armados singulares.

Palabras clave: psicoanálisis- autismo- sujeto- alienación- lalengua - transferencia.

## INTRODUCCION.

El presente trabajo se constituye como un ensayo dirigido a desandar nuestra curiosidad acerca de una posición política posible a la hora de abordar el encuentro con niños autistas y las diversas posibilidades para anudar un lazo transferencial.

El autismo fue nombrado como tal por dos pensadores, Leo Kanner, en 1943, y Hans Asperger, en 1944. Desde ese entonces se fue abriendo lugar en el campo de la psicología y de la psiquiatría, hasta la actualidad donde el mismo se encuentra en el centro de la escena, presente en grandes debates que se incrementan en publicaciones, en las redes sociales, en los medios de comunicación, incluso en las calles y en las escuelas, debido a que su campo de investigación continúa ampliándose por la imposibilidad de reducirlo a una única causa y perspectiva teórica.

Debido a que asistimos a un contexto determinado por la globalización que imprime un imperativo del todo y una demanda constante de clasificar y etiquetar, este ensanchamiento del autismo aparece con una fuerte presencia en los modos de diagnosticarlo. Cada vez nos encontramos con más niños que son ubicados bajo este nombre, muchas veces acompañado por un discurso donde todo parece tratarse de lo mismo, desplazando el lugar que le corresponde a la singularidad y a la historia de cada sujeto. Consideramos que lo que parece ser una proliferación de diagnósticos iguales necesariamente nos impulsa a repensar una posible práctica y posición, a interpelar nuestro rol profesional para habilitar a nuevas y posibles construcciones acordes a los sufrimientos de la época.

Desde esta dirección, el eje está centrado en nuestro lugar como futuros psicólogos, en los arreglos e inventivas necesarios en una clínica con niños autistas, en interpelar que nos pasa y que hacemos frente al encuentro con un otro que es desconocido, que postura tomamos frente a un niño que es presentado con numerosas etiquetas: no se comunica, no mira a los ojos, aletea, nos ignora. ¿Como decidimos posicionarnos frente a estos rasgos que parecen tan universales, tan iguales para todos?, ¿desde donde pensamos estos signos? Apuntamos a ubicar un punto de fuga ante todos aquellos saberes sobre el sufrimiento del otro, ya que consideramos que no es posible abordar el autismo sin interrogar esto en profundidad.

¿Desde qué lugar se posiciona el analista para construir un lazo con un niño autista?, ¿se podría hablar de transferencia? Y en ese caso ¿de qué forma?, ¿qué particularidades se presentan? son algunas de las preguntas que con curiosidad impulsan la escritura de este ensayo. Es así que la decisión de esta temática está tomada por el deseo de abrir preguntas disparadoras que, lejos de apuntar a una respuesta cerrada, nos permitan construir una mirada amplia y subjetivadora en torno al autismo. Un recorrido que

no es sin un sustento y posicionamiento teórico, pero que nos posibilita interrogarnos sobre las múltiples y singulares invenciones que pueden ponerse en juego en el encuentro entre un analista y un niño autista.

## **DESARROLLO.**

### **No es sin la posición política del no-todo:**

Para indagar sobre la posición política, teórica y ética que la corriente psicoanalítica adopta respecto a la noción de sujeto, las estructuras psíquicas y los criterios para construir un diagnóstico, consideramos preciso comenzar por situarnos en los discursos y nociones actuales que determinan la manera de comprender el mundo y el ser humano. En este sentido, el presente apartado tiene como objetivo dilucidar la posición desde la cual nos posicionamos en este ensayo. Enric Berenguer (2013) en su conferencia *no-todo, una política*, explica que la forma actual de leer el mundo está dada por el fenómeno de la *globalización*. El mismo acarrea la posibilidad de la inmediatez, ya que las nuevas tecnologías y el advenimiento de internet permitieron una comunicación en tiempo real desde y hacia cualquier parte del mundo, achicando así las distancias, modificando la relevancia del espacio, diluyendo las fronteras y generando ideologías ligadas al consumismo, donde todo puede trasladarse con facilidad de una parte del globo a otra. Es así que el contexto actual postmoderno se caracteriza por una tendencia a universalizar, es decir, unificar el planeta mediante discursos y políticas de lo que podemos llamar *el todo*.

Ante esto nos preguntamos: ¿qué influencia ejercen estos discursos totalizadores en el campo de la salud mental? Entendemos que este campo no escapa a las concepciones actuales que tienden a la vigilancia de la normalidad, construyendo una suerte de criterios unificados a la hora de establecer diagnósticos, lo cual podemos encontrar reflejado en el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM), que elabora la Asociación Americana de Psiquiatría (APA). Desde nuestra perspectiva, en su clasificación podemos observar que se incluyen, no sin consecuencias, prácticamente todos los síntomas que experimenta el ser humano por el simple hecho de estar vivo y convivir con otros. Esto implica medir y ubicar todas las acciones cotidianas en categorías que son, en realidad, falsos universales, lo que deja el campo libre a la industria farmacéutica para ofrecer el fármaco más conveniente.

Actualmente los criterios diagnósticos se forjan desde la premisa del “todo biológico”, aunque los objetos de intervención se desintegran en fenómenos clínicos muy difícilmente agrupables, tal como explican Neus Carbonell e Iván Ruiz (2013) en su obra *No todo sobre el autismo*. En estos debates biológicos e incluso genéticos lo que se acaba por excluir es la suposición de una causalidad que incluya al psiquismo. Con estos criterios, no se deja lugar para la subjetividad humana y para aquellos arreglos que un sujeto puede llegar a hacer ante todo lo que se presenta en su vida. Desde esta perspectiva, las

manifestaciones no son vistas como una producción singular que protege al sujeto de la angustia, sino como el signo de un déficit.

Frente a estas pretensiones biologicistas y totalizadoras ¿qué posición adopta el psicoanálisis?, ¿qué lecturas pueden desprenderse de ello?, ¿de qué manera es posible construir un diagnóstico que incluya lo propio de cada sujeto? Para desandar estos interrogantes seguimos los aportes de Berenguer (2013), los cuales nos permiten comprender que desde la lógica psicoanalítica es posible analizar como el horizonte de la postmodernidad, al intentar abarcar el todo, se vuelve imposible e incluso utópico. En primer lugar, porque no brinda ninguna identidad ni orientación al sujeto; y en segundo lugar porque la unidad de un todo siempre deja algo por fuera, con lo cual se vuelve necesario establecer límites y eliminar aquello que es diferente. De esta forma, lo que acaba por hacer es dilucidar la propia fragmentación.

Consideramos necesario mantener un debate ético y político frente a estos discursos, que nos permita preguntarnos por el abordaje y diagnóstico del autismo. En los últimos años ha aumentado exponencialmente el número de ítems en la lista para la categoría de trastorno del espectro autista. Un movimiento repetitivo de las manos después de hacer girar un objeto sobre sí mismo se considera una estereotipia, al igual que ese mismo movimiento hecho por el niño mientras espera que el adulto le dé algo que él quiere. Por ser claramente observables y repetitivos, erróneamente se concluye que estos movimientos de las manos pueden contarse y medirse a lo largo de un día sin importar la función concreta que pueda cumplir para un niño en cada una de estas situaciones. De esta manera, los test más usados hoy para diagnosticar el autismo están basados en la contabilidad de conductas observables que permiten determinar si está o no dentro de la normalidad. ¿Como resistir a estos criterios diagnósticos rígidos y posicionarse desde un no saber que incorpore aquello que queda por fuera en la pretensión de un “para todos igual”?

Un aspecto que se aborda en el siguiente trabajo y que resalta nuestra diferencia con el criterio previamente discutido, parte de la necesidad de posicionarnos en contra de la universalización de lo singular. Esto implica asumir que, aunque se presentan múltiples sujetos con la misma estructura, lo diferente es la manera que cada quien tiene de habitarla. Lo singular se encuentra en los arreglos y soluciones de ese sujeto, que invita al analista a un armado también único y diferente. Para aclarar nuestra postura al respecto, traemos a colación lo que propone Berenguer (2013), al sostener que es el psicoanálisis quien denuncia estos discursos, posicionándose como una resistencia frente a la ficción del todo, que se sostiene en los modos de diagnóstico que fijan al sujeto en una categoría general. Adoptar esta posición implica realizar un giro político, enmarcado en la imposibilidad de aceptar que el todo —el "vale para todos" o el "para todos igual"— pueda

ofrecer una solución universal. Es dentro de estas coordenadas que, desde la corriente psicoanalítica, podemos adoptar una política del no-todo, fundamental para analizar las operaciones con las que cada sujeto intenta responder a partir de lo más particular de su experiencia.

En este sentido, el recorrido de nuestro ensayo está marcado por la apuesta de ubicar siempre lo singular del uno a uno, es decir, encontrar el anudamiento particular que se forja entre el sufrimiento de cada individuo y el horizonte de su época. Dado que no podemos hallar dos discursos iguales, tampoco es posible pensar en dos formas idénticas de trabajar en la clínica psicoanalítica. Desde esta perspectiva, lo que se pone en juego es la inventiva, el trabajo artesanal y la falta que se despliega en cada encuentro. La clínica psicoanalítica que proponemos se construye en un "entre dos", en el encuentro azaroso y contingente con un otro único, singular, cuyo modo de habitar el sufrimiento es inconmensurable con cualquier otro. Así orientarnos a una clínica del uno a uno nos permite un encuentro posible tanto con el sujeto autista como con cualquier otro. Desde esta perspectiva, es preciso preguntarnos: ¿Cómo preservar aquello que, en cada niño, cuestiona el diagnóstico general de autismo, para evitar que la singularidad corra el riesgo de desaparecer?

Castanet (2023) en su libro *Neurología versus Psicoanálisis*, comenta que la tesis neurológica promueve una causalidad hegemónica para explicar la totalidad de la vida psíquica. Desde este enfoque, lo que constituye el síntoma y el malestar se formula en términos de trastorno, localizándose en la materialidad del cerebro. Ahora bien, si para esta concepción la causa está en un estrato orgánico, no queda lugar para la excentricidad que implica una singularidad, con lo cual buscamos distanciarnos de esta postura, ya que no la consideramos una apuesta ética. Comprender esto nos permite plantear un nuevo horizonte que sirva como puerta de entrada a un tratamiento posible, orientado a construir una respuesta singular que siga la lógica interna de la construcción sintomática. En este sentido, se vuelve imposible pensar en una unidad clínica para el tratamiento del autismo. Tal como señalan Carbonell y Ruiz (2013), lejos de considerarlo una enfermedad que requiere encontrar un agente único e igual para todos, el psicoanálisis lo aborda como una posición del ser en relación con su cuerpo, los objetos y el Otro. Los autores sostienen que:

Diagnosticar el autismo infantil significa, sobre todo, entender que en un momento remoto y en un lugar insondable el sujeto tomó una suerte de decisión con el objetivo de defenderse de la angustia. Los modos de hacerse con su cuerpo, de escoger sus propios objetos y de salvar el abismo vivido entre él y los demás serán correlativos con esa posición tomada frente a la angustia (p.39).

¿De qué decisión hablan los autores?, ¿puede rastrearse allí la causa del autismo o, por el contrario, su causa se ubica en los estratos orgánicos? Siguiendo a dichos autores, la causalidad del autismo deviene de un estado originario del ser humano. Llegamos al mundo en un estado de absoluta inmadurez y lo que sucede luego del nacimiento va a tener mucho que ver con los contextos simbólicos que se forjaron antes de dicha llegada, más allá de toda circunstancia orgánica. Teniendo esto en cuenta, sostenemos que cada quien responde de manera distinta y singular a los acontecimientos contingentes de su propia historia. Resulta imposible pensar una relación causa-efecto, ya que circunstancias similares desencadenan los resultados más diferentes, debido a que se trata de un cuerpo atravesado por la pulsión. Existe de entrada una respuesta singular de cada sujeto ante aquello que viene del mundo simbólico que lo acoge. Justamente a esto hacen referencia los autores cuando hablan de *decisión*, tomando como referencia lo que Jacques Lacan propone como *insondable decisión del ser* (Carbonell y Ruiz, 2013).

Se trata de una posición del autista, marcado por un no radical a todo aquello que implica depender del Otro para entrar en el mundo. Es justamente el consentimiento para alienarse al lenguaje, ingresando así al llamado, la demanda y el deseo, lo que se encuentra rechazado en el autismo. Y, si bien se pueden vincular algunos acontecimientos de la vida del niño con la aparición del autismo, el lugar donde el rechazo se produce quedará siempre fuera de todo alcance, ya que habrá tenido lugar en lo insondable de su ser y no nos es posible el acceso a aquello que lo produjo. Junto a esta elección forzada existe algo azaroso y es ahí, en la contingencia, que podemos ubicar la más radical singularidad (Carbonell y Ruiz, 2013).

Ahora bien, ¿está decisión sólo incluye al infante o se encuentra determinada de antemano en la historia familiar?, ¿qué responsabilidad tienen los padres, en cuanto Gran Otro, en la respuesta dada por el niño con autismo y en su constitución subjetiva? Jaime Fernández Miranda (2024) en su libro *Una vuelta en torno al autismo en psicoanálisis* sostiene que, si bien sabemos que el psiquismo se constituye a partir del Otro, existe una profunda diferencia entre plantear que el adulto tiene un lugar fundante en la estructuración psíquica del niño y cierto determinismo lineal y simple que halla en el Otro la razón última y absoluta de todo lo que le sucede al niño. Ubicar que la constitución subjetiva es un destino inexorable cifrado de antemano en el fantasma de los padres es una forma de fatalismo similar al genético, debido a que tanto en uno como el otro el destino del niño está prefijado desde siempre y para siempre, ya sea en los genes o en la responsabilidad de los padres. Jaime explica que "... un hijo no viene a un lugar circunscripto desde siempre en el fantasma parental, el lugar al que un niño adviene es situacional" (p.37). Con esta frase se refiere a una configuración única e irreplicable, y es en el seno de la situación singular y contingente donde se va estructurando cada psiquismo.

Así, la práctica psicoanalítica permite ubicar al sujeto y al modo en que este se situó frente a la estructuración neurológica, a la base genética o el ambiente donde nació. Es decir, se trata de respetar la respuesta de cada uno para restituir su dignidad singular, dignidad factible de perder si es reducida a una determinación idéntica para todos. Se trata de una posición ética y política para el abordaje del autismo, ya que es muy diferente diagnosticar las dificultades y síntomas que un sujeto presenta, dónde está íntimamente implicado, a encontrar una etiqueta que pretenda nombrar su ser.

Tal como Rivero, Palacio y Neuschi (2020) desarrollan en su texto *Sujeto y transferencia: sus particularidades en el autismo*, no se trata de reducir todo lo que atañe al autista a una causa única, “más bien, se trata de encontrar las respuestas que el sujeto hace, sus invenciones, frente a su existencia, haciendo hincapié en su funcionamiento singular” (p.88). Para el psicoanálisis, el sujeto tiene un saber esencial sobre él, un saber desconocido para el analista, por lo que es necesario adaptar la clínica y la teoría a cada caso con un armado artesanal y único.

De esta manera, podemos concluir que en la clínica con niños se trata de la construcción de un *bricolaje*, concepto propuesto por Jaques- Alain Miller (2013) en *Piezas sueltas*. Si bien no abordaremos en profundidad el sentido que el autor asigna a este término, el cual no está estrictamente pensado para el autismo, si viene al caso ubicar que se trata de un armado siempre nuevo y singular a partir de piezas sueltas. El autor marca que al analizante “no se le pide más que entregar su pensamiento como piezas sueltas, sin preocuparse por el orden, por la congruencia, por la coherencia, por la verosimilitud. Debe garantizarse al analizante que, surja lo que surja, no carece de relación” (p.13). La lectura que hacemos de lo que el autor propone es que el bricolador no es tanto el analista sino el analizante. Si bien construyen juntos con elementos que ya tienen sus propiedades particulares, es el sujeto quien configura sus propios armados y trabaja en análisis. En este sentido, no es posible volver a armar lo mismo que artesanalmente construyó con otro conjunto de piezas.

Con estas coordenadas teóricas podemos sostener que trabajamos desde lo impredecible, y como tal no podemos armar diagnósticos caprichosamente sin antes tomarnos el tiempo suficiente para conocer las piezas, para acercarnos a cada armado singular. La posición psicoanalítica desde la cual abordamos este ensayo no genera diagnósticos que apuntan a responder que tiene cada niño, sino que pone en el centro de la escena ubicar de qué sufre y en qué momento de su constitución quedó atrapado o detenido. Se trata de escuchar y respetar aquellas soluciones que cada niño desde su inventiva adopta como función de anclaje y acompañarlo sosteniendo un saber en suspenso que habilite a una escucha singular.

### **El autismo como decisión de rechazar lo que del Otro viene:**

En este punto partiremos por desandar el concepto psicoanalítico de sujeto, seguido de las operaciones y tiempos lógicos que intervienen en su constitución, para arribar a una serie de preguntas que nos permitan comprender como se pone en juego en el autismo. Alvarez Bayon (2020), en su libro *El autismo, entre la lengua y la letra*, explica que el término *sujeto* indica lo que el individuo es en tanto ser que habla, respondiendo de una u otra manera a las leyes del lenguaje que vienen del Otro, en un armado único y singular. En otras palabras, el sujeto se constituye mediante los diversos efectos que el lenguaje implica y las respuestas singulares que cada quien toma frente a ello, dejando entrever la posición que adopta frente al Otro. Esta concepción de sujeto parte de las primeras enseñanzas de Lacan, desde una posición estructuralista donde el gran Otro es el tesoro de significantes. A continuación, iremos poco a poco interrogando y desandando este concepto, ya que, para pensar un sujeto en el autismo, las primeras referencias que Lacan propone a la altura de su seminario V no pueden abarcarlo.

Para ir desandando la noción de sujeto, los primeros interrogantes a despejar son: ¿mediante qué operaciones el sujeto puede tomar, o no, todo aquello que viene del Otro? y, en consecuencia, ¿de qué manera estas respuestas ante el lenguaje se ponen en juego en cada entramado singular? Para explicar estas modalidades de relación, Lacan (1964) nos ofrecerá en su Seminario XI: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, un modelo topológico que divide el proceso en dos tiempos de la constitución subjetiva: la alienación y la separación. Se trata de tiempos lógicos, pero para poder comprenderlos los abordaremos por separado.

Tal como explican Tendlarz y Alvarez Bayon (2013) en su libro *¿Qué es el autismo?*, el sujeto mediante una operación simbólica da su consentimiento para inscribirse a la cadena significativa que viene del Otro, esta operación es denominada alienación. El principal efecto que de ello se desprende es una identificación a un primer significante (S1), donde el sujeto en constitución acepta alienarse al lenguaje que adviene después. Lacan (1964) determina que la alienación es la primera operación esencial que funda al sujeto. Se trata de una reunión que consiste en tomar todos los elementos comunes a uno y a otro, dando lugar al conjunto del ser, el cual se encuentra vacío debido a que aún a que los elementos están contenidos en el conjunto del Otro. El Otro está compuesto por la cadena significativa mínima, S1-S2, que contiene los elementos del sentido, el tesoro de los significantes. Del lado del sujeto lo que encontramos es, por un lado, un conjunto vacío y, por el otro, dicha identificación con un significante, con un S1. Lo que podemos deducir de ello es que se trata de la posibilidad de que el ser asuma los significantes que el otro le

ofrece al nombrarlo, al decodificar su llanto y sus gritos, convirtiéndolos en un llamado, en una demanda de ser cuidado, sostenido, alimentado, presuponiendo así una subjetividad.

Cómo anteriormente mencionamos, Lacan propone una segunda operación que sigue a la alienación. Se trata de la separación, que presenta una relevancia fundamental en la constitución del sujeto, pero a los fines que nos incumben en el presente ensayo no lo desarrollaremos. La explicación de esta elección puede encontrar una fundamentación en lo que en los párrafos siguientes intentaremos despejar.

Tal como señalan Tendlarz y Alvarez Bayon (2013), “los dos procesos son consecuencia de la constitución de la estructura neurótica o psicótica del sujeto a partir de las operaciones de afirmación o de forclusión primordial [...] pero estas operaciones no solo se aplican a la psicosis sino también al autismo” (p.47). El autismo implica una detención en la constitución subjetiva y en el momento de la elección de la estructura, lo que afecta la anudación de los tres registros. Ahora bien, si partimos de considerar que hay algo allí que transcurre incompleto, ¿en qué momentos de esos tiempos lógicos el sujeto autista queda detenido?

Siguiendo a los autores, antes de la alienación lo que encontramos es el ser viviente, que en el presente ensayo podemos traducir como lo que Lacan (1971/72) en su seminario XIX denomina lo Uno, es decir la unidad anterior a la entrada del sujeto al lenguaje. Desde este momento previo, *lo Uno* puede optar por dos alternativas, correspondientes a la insondable decisión del ser: puede suceder que el elija al S2, es decir alienarse a la cadena significativa y tomar todos aquellos significantes que vienen del Otro mediante el baño del lenguaje, donde efectivamente podemos hablar de sujeto del lenguaje; o bien, puede elegir el vacío, quedando del lado del sin sentido y de la petrificación del S1. Es precisamente esta elección la que se pone en juego en el autismo, quien toma el camino correspondiente al rechazo de la alienación significativa para protegerse de todo aquello que viene del campo del Otro. En este sentido “la elección del ser implica que el sujeto no queda dividido por la cadena significativa. Esta elección no significa que no haya sujeto en el autismo, sino que se constituye un sujeto del lado del vacío y no del lenguaje” (Tendlarz y Alvarez Bayon, 2013, p.51).

La alienación propia del autismo consiste en una no articulación entre S1 y S2, con lo cual queda petrificado en ese cero inicial que es el vacío y no entra en la serie de los significados del Otro. Al rechazar el baño del lenguaje, la barra no cae sobre el sujeto y por ende no logra un cifrado inconsciente. Con estas referencias podemos responder que el sujeto autista se detiene justo antes de la alienación. Sin embargo, ¿Qué implica y qué consecuencias acarrea este rechazo?, ¿cómo es posible pensar una constitución subjetiva que no esté atravesada por el baño del lenguaje? Y, por otro lado, teniendo en cuenta que

el sujeto autista no queda del lado del lenguaje, ¿cómo se explica que algunos niños con autismo pronuncien palabras y oraciones?

Si bien Lacan en sus primeras enseñanzas ha hecho conceptualizaciones sobre los procesos de alienación y separación, los mismos no permiten conceptualizar aquello que es pertinente a las estructuras clínicas, específicamente al autismo. Si bien Alvarez Bayon (2020) refiere a que Lacan a lo largo de 20 años solo dio una indicación sobre el autismo: “que hay una detención en el lenguaje” (p.21), en sus últimas enseñanzas podemos apreciar como estos conceptos son reubicados, partiendo de que está detención puede ser abordada tomando los conceptos de *lalengua* y la letra, entendidos como tiempos lógicos diferenciados del lenguaje. Es precisamente esa diferencia la que nos permitirá ubicar en qué momento de la constitución quedó atrapado el sujeto autista.

Para abordarlo, nos serviremos del texto de Rivero, Palacios y Neuschi (2020), recortando la explicación que brindan en relación a *lalengua*. Sostienen que el baño del lenguaje, al actuar sobre el ser, produce los S1 y deja en el cuerpo una sonoridad que carece de sentido si no se articula a un segundo significante. Esto se debe a que “*lalengua* es la palabra separada de la estructura del lenguaje, la palabra antes de su ordenamiento gramatical y léxico, es anterior a lo que se utiliza para comunicar” (p.85). En este sentido, el encuentro con *lalengua* es contingente e implica al significante separado de su significación. Pero ¿cómo se presenta esta separación en el autismo? precisamente, como el rechazo de la ley que le otorga sentido a *lalengua*. Al producirse este rechazo, el lenguaje queda detenido en su estado más primitivo y sonoro, sin poder articularse a la cadena significante. Se trata de un tiempo previo al baño del lenguaje, constituyéndose solo a partir del goce de *lalengua*, sin lenguaje y sin Otro.

Recién en un segundo tiempo el lenguaje se estructura como una función del saber hacer sobre ese goce originario, construyendo un *inconsciente estructurado como lenguaje* (Lacan, 1964). En este sentido, una respuesta aproximada a los interrogantes abiertos nos permite comprender que la detención del autismo podemos ubicarla en el paso de *lalengua* al lenguaje. Situando las explicaciones de Alvarez Bayon (2020), entendemos que el autista se constituye como *parlêtre*. Se trata de un concepto propuesto por Lacan para ubicar al ser hablante, donde el inconsciente es de puro goce y no de pura lógica, debido a que no acontece el tiempo donde el S1 es articulado a S2.

Tomando lo propuesto por los autores, cabe ahora preguntarnos ¿Como observamos la presencia de *lalengua* en los niños con autismo? Consideramos pertinente ubicar que *lalengua* se muestra en estado puro como presencia sonora en el laleo, los ritmos verbales, las ecolalias, la imitación de tonos, canciones, melodías, palabra, el murmullo, las onomatopeyas, etc. Siguiendo a Alvarez Bayon (2020), esto nos está mostrando la itinerancia de *lo Uno*, que no presenta un efecto acumulativo ni de

aprendizaje, sino que siempre se manifiesta la misma acción, que no genera una serie. Se trata de un S1 que se inscribe una y otra vez sin enlazarse, como si cada vez fuera la primera, sin huellas de lo ya realizado. En la repetición vemos manifestado ese efecto del goce Uno mencionado anteriormente; un goce particular de cifrado que no está centrado en el intercambio con el Otro, donde la voz no se encuentra direccionada, sino retenida en el propio cuerpo.

En relación a ello, comprendemos que en cada una de estas repeticiones lo central no es la significación, sino su materialidad sonora: el efecto de resonancia que producen esas palabras, esa melodía o esa frase desarticulada. Por este motivo, *lalengua* es algo distinto a la comunicación, no sirve para esos fines. ¿Esto significa que un niño con autismo no se comunica?, ¿podemos decir que el lenguaje es un sistema que solo sirve para comunicarse?

Alonso Peña, J. y Alonso Esquisabel, I. (2020) en su libro *El autismo. Reflexiones y pautas para comprenderlo y abordarlo*, definen al autismo como una *discapacidad de la sociabilidad*, siendo una afección del sistema nervioso con base genética y un sustrato orgánico, que afecta al comportamiento y a la comunicación. Desde esta mirada, determinan que los niños con autismo que no hablan tampoco intentan usar gestos o iniciar acciones para comunicar lo que quieren o sienten, y aquellos que sí hablan tienen problemas para iniciar una conversación y responder apropiadamente, concluyendo que carecen de lenguaje expresivo y receptivo. Tomamos lo planteado por los autores para distanciarnos de su postura, ya que entendemos que el habla no es la única manera de comunicarse y expresarse. En contrapartida, en este ensayo sostenemos que el autismo no se trata de un déficit cognitivo ni neurológico, sino de un modo particular de relación con el significante. Cuando partimos de considerar que en el autismo existe un sujeto que adopta una posición en relación al mundo, apuntamos a resguardar su dignidad, poniendo en juego sus deseos y sus intereses, ya que de lo contrario nos quedaría alguien enfermo, una víctima paciente.

Es cierto que el lenguaje se aprende, pero también es cierto que no se reduce únicamente a su función comunicativa, la cual claramente podemos observar que es deficitaria ya en sujetos neuróticos. Tal como explica Alvarez Bayon (2020), el autismo nos impulsa a pensar en aquello que queda por fuera de lo que constituye un aprendizaje y los modos de comunicación. Mucho antes de aprenderlo, el lenguaje nos sujeta, padecemos el mensaje del Otro y quedamos sometidos a su modo de hablar. Aunque no utilicen el lenguaje para comunicarse, los niños con autismo son sujetados en la medida que son hablados y representados por los significantes del Otro, habitando un espacio temporal entre el lenguaje que preexiste al sujeto y la decisión de hablar.

Este autor escribe: “Si Lacan se centró en la relación entre autismo y lenguaje es por razones de estructura” (p.29). Desde esta afirmación podemos deducir que, para el psicoanálisis lacaniano, el autismo efectivamente es una estructura. Sin embargo, consideramos necesario remarcar que desde nuestra perspectiva no podemos abordarla como algo estanco e inamovible. Se trata, más bien, de una estructura dinámica, plástica y con posibilidad de generar inscripciones, ya que, si es entendida como algo dado de una vez y para siempre, no es posible interrogarnos por el lugar del analista, debido a que no hay nada por hacer. Consideramos que las estructuras psicoanalíticas deben ser tomadas como marcos teóricos, no como objetos del mundo ni como categorías herméticas, sino como brújulas que orientan nuestras lecturas e intervenciones, siendo fundamental en la dirección de tratamiento.

Todas las intervenciones que se hagan, así como la posición del analista en la transferencia, como las direcciones que toma el tratamiento, estarán determinadas por cómo consideramos la estructura del autismo. Por ello, es de gran interés para el psicoanálisis definir las condiciones de la detención del lenguaje y sus consecuencias para la dirección del tratamiento (Alvarez Bayon, 2020, p.24).

Estas coordenadas del autor son el puntapié para en el siguiente apartado poder desandar como establecer un lazo transferencial en el encuentro con sujetos con autismo, tomando como eje la pregunta *¿cómo puede el análisis intervenir sobre la clínica de la lengua?*

### **El amor de transferencia. Un lugar silencioso desde donde hacer nudos:**

Tal como hemos desarrollado anteriormente, el *parlêtre* autista se constituye como una respuesta, siempre singular, a la presencia y ausencia del Otro, quien puede tornarse profundamente amenazador y tener efectos traumáticos. Tomando estas coordenadas, nos preguntamos: *¿es posible sostener el concepto de transferencia para referirnos al lazo entre el parlêtre y el analista? Y, en relación a ello, ¿desde donde debe posicionarse el analista para no volverse un Otro intrusivo?*

El concepto de transferencia en la teoría psicoanalítica fue introducido por primera vez en 1895 por Sigmund Freud. Definir esta noción presenta una dificultad particular, ya que, al centrarse en la relación entre el analizante y el analista, incluye en su definición las concepciones de cada analista. En este sentido, como futuros practicantes de esta teoría, sostenemos que la clínica psicoanalítica es una clínica bajo transferencia, que invita a un encuentro con el otro desde el amor.

Para esclarecer nuestra posición, consideramos pertinente hacer un pequeño recorte del libro *El partenaire-síntoma* de Miller (2008), ya que en uno de sus capítulos

sitúa al amor como puente, noción que nos será de gran utilidad para indagar si es posible pensar un lazo transferencial en el encuentro con el sujeto autista. El autor explica que la cuestión del amor aparece siempre en relación con la ética del psicoanálisis, pero que, sin embargo, hay algo que escapa a ello: la pulsión. La pulsión es concebida como absolutamente autoerótica, representada como un vector cerrado sobre sí mismo, dando como resultado que no hay un Otro existente en este nivel. El autor retoma lo que Lacan desarrolla en su seminario XX, donde pone en relación al amor como aquello que se introduce para establecer un lazo con el Otro. En este sentido, sitúa al amor como puente para que el goce sea vehiculizado hacia el deseo, es decir, para que algo de la pulsión pueda comenzar a movilizarse. Rescatamos una cita que Miller toma de Lacan, ya que nos plantea algunos interrogantes: “pongo en forma al amor en los tres registros de lo imaginario, lo simbólico y lo real” (p. 158). ¿No es justamente esta pulsión desarticulada la que encontramos en el *parlêtre* autista? Y, en consecuencia, ¿Es preciso comprender al amor como articulador, como nudo de los tres registros?

Desde nuestra perspectiva, lo que coloca al *parlêtre* autista en un lugar de pulsión autoerótica es la desarticulación del registro real respecto de lo simbólico y lo imaginario. Esto tiene como consecuencia que lo que acontece se precipite de manera invasiva sobre el cuerpo, debido al efecto traumático que surge de no poder enlazarlo a una significación o al mundo de la fantasía. En relación con esto, al estar detenido en el tiempo de *lalengua*, el sujeto no cuenta con el aparato del lenguaje para defenderse de la invasión del goce que el significante conlleva.

En el autismo nos confrontamos justamente a un *parlêtre* que hace un cortocircuito del Otro. Es decir, el significante no le nombra, no le representa como sujeto para otro significante, pero las palabras le afectan, afectan a un-cuerpo. Un-cuerpo que no ha sido ordenado por los significantes, ni dispone el sostén imaginario de la forma especular (Dossier, 2018).

Es por ello que la transferencia no puede ser abordada por el lado del sentido, sino por el lado de la pérdida de goce, agujereando lo real. Teniendo en claro esto, es necesario inventar nuevas maniobras para que el analista se ubique en un lugar que no sea el de gran Otro. Es así que formulamos un nuevo interrogante que servirá de brújula en el encuentro con el *parlêtre*: ¿es posible que el analista, transferencia mediante, pueda llegar a ser un cuarto elemento que, en ocasiones e incipientemente, funcione anudando el registro real con el simbólico y el imaginario, para que algo del goce pulsional pueda desplazarse?

Nos resulta interesante plantear que, entre el analista y el sujeto autista, puede construirse un vínculo único y artesanal, siempre nuevo en cada encuentro y con cada niño, el cual podría funcionar como un anudamiento, enlazando palabras que emergen de

manera itinerante y prestando el cuerpo del analista para que el sujeto pueda construir el propio. Para reflexionar sobre esta posibilidad, retomamos lo planteado por Carbonell (2018) en el dossier *Interrogantes: el autismo, ¿bajo transferencia?*, quien sostiene que el analista puede ocupar el lugar de nudo al nombrar el mundo a partir de alguna palabra aislada que el niño con autismo aporta. La autora sugiere que se trata de una búsqueda por generar un espacio de intercambio, un borde que introduzca la presencia del Otro y promueva una pérdida de goce.

Desde nuestra perspectiva, consideramos que las intervenciones y la manera en que el analista se presenta son cruciales. Estas deben ser silenciosas y sutiles, evitando que el niño se sienta forzado a protegerse del objeto de la voz o de la mirada de un Otro intrusivo. Esto habilita una nueva perspectiva de la transferencia, que pone el acento en el cuerpo y en el goce singular del sujeto, dando lugar a una práctica donde se busca que la pulsión pueda construir un circuito (Dossier, 2018). Enlazando esta idea con lo desarrollado por Miller, en este ensayo proponemos que aquello que funciona como motor para que algo de esto se ponga en funcionamiento en el espacio clínico es el amor. Sin embargo, no debemos dejar de preguntarnos ¿de qué manera el analista puede acompañar al niño para protegerse de lo real? y consecuentemente ¿qué oferta puede hacerle al *parlêtre* autista para propiciar un intercambio?

Baio (s.f.) en su texto *Como un S2 va al encuentro del S1*, propone que el analista debe amoldarse a las iniciativas del niño, mostrándose dócil a todo lo que este trae como itinerancia de S1, S1, S1, en un intento de articular un S2 que posibilite la emergencia del sujeto. Nos interesa destacar la propuesta del autor, ya que sostiene que ofrecer un significante despojado de demandas que se sume sigilosamente a las construcciones del niño permite introducir, en su incesante serie de S1, una interrupción, un silencio, un vacío que verifica la posición del sujeto y lo impulse a desplazarse de su replegamiento, permitiéndole mirar y dirigirse hacia una nueva presencia, que en este caso podría ser el analista. Sin embargo, nos preguntamos: ¿Es necesario que el analista ponga en juego el objeto voz y el lenguaje?, ¿cómo transicionar hacia otro tipo de palabra que no implique una demanda ni un deseo?

El autor destaca que “se trata de hacer una oferta tal que estos niños puedan asociarnos a su tratamiento del Otro” (p. 93). Esto implica construir una posición en la que el analista se proponga como un lugar donde el sujeto pueda localizar su propia construcción. En este marco, se introduce un S2 vacío de sentido y saber, singular, que permita al niño encontrar un espacio respetuoso. En dicho espacio, se le otorga la función de guiar y tomar la iniciativa, mientras el analista se adapta a él. No se trata de ofrecer frases que contengan un saber imperativo sobre lo que el niño hace o debe hacer; por el contrario, es mediante la renuncia a toda presencia de demanda, quizás restando

inicialmente la intervención de la voz y la mirada, que se puede generar esta oferta. Esto puede lograrse, por ejemplo, al introducir un ritmo en sus golpes, replicar sus movimientos o realizar una mínima variación en aquello que se presenta con carácter repetitivo.

Es así que el analista debe presentarse como falto de saber respecto al niño, permitiendo que el sujeto se posicione como conductor del Otro y dejando en sus manos la elección de incluirlo o no en sus operaciones. En relación a ello, nos resulta pertinente mencionar lo que Cocoz (2018) desarrolla en el dossier, donde destaca la figura del analista como un *escudero*, el cual se ofrece como capa, como refugio para acompañar al autista en su trabajo de defenderse de lo real, evitándose la intromisión en su cuerpo de intervenciones o demandas imposibles de atender.

Ahora bien ¿de qué transferencia hablamos cuando el analista no es situado por el sujeto en el lugar del Otro, como lugar del lenguaje, y cuando al mismo no se le supone ningún saber? Lejos de poder despejar esta pregunta en una única respuesta, parece generar más interrogantes. Si retomamos lo planteado al comienzo del apartado, donde mencionamos que el amor siempre está en relación con la ética del psicoanálisis, surge la cuestión de si es posible concebir una transferencia orientada por el deseo del analista, entendido como deseo del deseo del Otro. Es decir: ¿podría tratarse de una transferencia del analista hacia el discurso analítico que, no obstante, produzca efectos en la clínica de *lalangua*?

Para esbozar algunas respuestas, consideramos esclarecedor retomar lo planteado por Cocoz (2018), quien afirma con certeza que existe un amor de transferencia del analista hacia el psicoanálisis. Este amor orienta un accionar que le permite sostener una presencia “distraídamente atenta”, como mencionamos en párrafos anteriores. Se trata de una transferencia hacia el propio discurso del psicoanálisis, entendido como un discurso ético cuya regla principal es la abstinencia. Desde nuestra postura, sostenemos que mantener una atención abstinentemente orientada al analista respecto a cuándo y cómo mirar, así como a cuándo y cómo utilizar su voz. Esto permite reducir la presencia de cualquier saber en la escena y crea un espacio entre dos, donde la demanda se pausa. De este modo, poco a poco, el analista puede ser incluido en los límites corporales del *parlêtre*.

En este sentido, ¿es correcto nombrar como transferencia el lazo que el autista establece con su escudero? al igual que los autores presentes en el dossier, sostenemos que sí, si entendemos por transferencia ese lazo social que surge como efecto del discurso analítico y de sus principios éticos. Estamos convencidos de que lo indispensable es que el psicoanalista pueda ser lo suficientemente flexible y creativo para permitir que algo de cada niño pueda encontrarlo despojado de toda suposición y búsqueda de sentido. Se trata, precisamente, de una transferencia hacia un saber no-todo, un saber incompleto que sostiene lo particular de cada sujeto y realiza maniobras para encontrarse con él.

## **CONCLUSIONES.**

A lo largo de este ensayo nos hemos aventurado en tres ejes esenciales que, en la práctica psicoanalítica, tejen entre sí una circularidad necesaria: la posición política del no-todo, la constitución subjetiva en relación al Otro como tesoro de los significantes y el sutil trabajo con el sujeto autista. Decidimos iniciar situando esta posición política, ética y teórica, pues de ella brota nuestra concepción del autismo. Así, la lógica del no-todo nos invita a restituir al sujeto su dignidad, entendiendo que no hay nada que "curar", ya que se trata de una decisión íntima, tomada en lo más insondable de su ser; una respuesta singular de cada sujeto ante aquello que viene del mundo simbólico que lo acoge.

Desde esta perspectiva, el psicoanálisis nos abre la pregunta acerca de cómo se configura este rechazo del Otro y dónde se detiene, en su devenir, la constitución del sujeto autista. Esta interrogación nos permitió ubicar su vínculo con el lenguaje, el mundo y los otros. Es desde estas coordenadas que pudimos entrever nuevas formas de comprender el lazo transferencial, esa construcción que, como un puente, se edifica entre dos. En este gesto, lo que emerge como original es repensar el concepto de transferencia, como un terreno que no se asienta en el significante, el sentido o la interpretación, sino en la posibilidad de perforar algo del goce autoerótico y absoluto, abriendo así un espacio de encuentro.

A la luz de lo desarrollado, entendemos que, si bien es fundamental desplegar todo un bagaje teórico y tener presentes las estructuras clínicas para establecer un diagnóstico diferencial y temprano, no debemos olvidar que, con cada niño se trata de descubrir las múltiples formas en que logra habitar el mundo. Ya sea que nos encontremos en el territorio de la neurosis, la psicosis, el autismo o ante cualquier padecimiento subjetivo, el faro que guía la cura psicoanalítica nos recuerda que el abordaje siempre es único, irrepetible, tramado en un encuentro del uno a uno.

En este sentido, es imperativo cuestionar la actual tendencia de encerrar cada expresión de la vida cotidiana bajo el peso de un diagnóstico. Las etiquetas rígidas que un niño carga sobre sus hombros no son inocuas: generan efectos y trazan marcas en su constitución subjetiva. Enclaustrar al sujeto en una nomenclatura reduce sus movimientos y desplazamientos. Por ello, las categorías diagnósticas deben tomarse por lo que son: coordenadas teóricas, herramientas para pensar el abordaje como un acto artesanal, donde cada gesto responde a la singularidad del encuentro.

Tras esto, entendemos que se trata de un trabajo guiado por el amor, la espera, los interrogantes, las idas y vueltas, donde lejos de eliminar las manifestaciones del autismo, se busca comprender cuál es su función y potenciarlas, abrirlas a nuevas posibilidades y a nuevos lazos con un mundo que resulte menos invasivo. Si no se tiene en cuenta lo que al

niño autista lo angustia, si se ignora la importancia de sus comportamientos y acciones, si se le impide que se reste de la presencia de los otros, lo único que se produce es una gran situación de violencia e invasión hacia el sujeto. Pedirle que simplemente obedezca hace que se corra el riesgo de un aprendizaje de sumisión que obstaculiza su independencia.

En contraposición, sostenemos que la posición del no-todo revela lo esencial: no se trata de no saber nada, sino de asumir una apertura radical al no saber todo, con una posición flotante y vacía, flexible y permeable a lo que cada niño necesita. En este marco, el analista establece una transferencia hacia un discurso no-todo, poniendo en relación su deseo por su deseo como tal. Desde aquí, proponemos un lazo transferencial delicado, en el que el lugar del profesional sea sigiloso y sutil, pero que tenga resonancias en *lalengua*, permitiendo que el registro de lo real encuentre, aunque sea incipientemente, un nudo con lo imaginario y lo simbólico. Así, poco a poco, es posible instalar elementos novedosos en las repeticiones, que abran juego a otras escenas y a nuevas disposiciones.

El objetivo no es otro que donar y facilitar la construcción de un lazo con el mundo. Un lazo que les permita habitarlo de manera significativa, encontrándose con sus intereses y potencialidades. Esto implica abrir caminos para que el niño pueda construir formas únicas de relacionarse con los otros, sin imposiciones ni forzamientos, los tiempos de su ser.

Desde esta perspectiva, entendemos que la apuesta en la clínica con niños como un acto de bricolaje. Aunque este ensayo se sitúa desde la mirada del psicoanalista, en esta conclusión podemos extender la reflexión hacia los efectos que tiene el establecimiento de un lazo transferencial: ¿dónde reside su valor, no solo para el niño autista, sino para cualquier otro? Es en este lazo, donde el analista asume el lugar de bricolador para posibilitar que cada niño realice un armado único que le permita permanecer en el mundo con sus modos, abrirse a nuevos aprendizajes, y transitar su infancia desde un lugar menos hostil, con construcciones. En ese acompañamiento, surge una apuesta por la singularidad, por el descubrimiento y por la posibilidad de habitar un espacio donde lo exterior pueda ser habitado desde un lugar menos ajeno.

### Referencias bibliográficas.

- Alonso Peña, J. y Alonso Esquisabel, I. (2020). *El autismo. Reflexiones y pautas para comprenderlo y abordarlo*. Bonal letra Alcompas, S.L. Barcelona.
- Alvarez Bayon, P. (2020). *El autismo, entre la lengua y la letra. 1ra. Ed.* Olivos: Grama ediciones.
- Alvarez, P. y Tendlarz, S. (2013) *¿Qué es el autismo?* Infancia y psicoanálisis. Buenos Aires: Colección diva.
- Baio, V. (s.f.) *en su texto Como un S2 va al encuentro del S1. Notarios del niño autista. Recuperado de:*  
<https://drive.google.com/file/d/1h6s9nP1OsRZQEhd1MHyRmv4S7ANeFlbK/view?usp=sharing>
- Berenguer, E. (2013/2014). *No-todo, una política*. Ciclo de Debates y Conferencias. Instituto del Campo Freudiano en Granada. Radio Lacan.  
<https://radiolacan.com/es/topic/135/4>
- Carbonelli, N. y Ruiz, I. (2013). *No todo sobre el autismo*. Madrid: Gredos.
- Castanet, H. (2023). *Neurología versus Psicoanálisis. 1ra. Ed.* Olivos: Grama ediciones.
- *Dossier (2018). El psicoanálisis 32: "interrogantes: el autismo ¿bajo transferencia?"*. Barcelona: Rebro Disseny.
- Fernandez Miranda, J. (2024). *Una vuelta en torno al autismo en psicoanálisis. 2da. Ed.* Buenos Aires: Letra viva.
- Lacan, J. (1964). *El sujeto y el otro. La alienación. El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.
- Lacan (1971/1972). *El seminario. Libro XIX, ... o peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. 1ra. Ed. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.A. (2013). *Piezas sueltas. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. 1ra. Ed.* Buenos Aires: Paidós.
- Rivero, R. Palacio, M. y Neuschi, A. (2020). *Sujeto y transferencia: sus particularidades en el autismo. Anuario de investigaciones. Facultad de psicología UNC. 5(5), 80-98.* <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/aifp/article/view/31406>